

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Hacia una nueva ética

El humanismo podría definirse como el conjunto de tendencias intelectuales y filosóficas que tienen por objeto el desarrollo de las cualidades esenciales del hombre. Ocurre, en ocasiones, que el concepto y la ética del humanismo se desvirtúan, pues se refieren a preservar la "pureza" de una nación, de un grupo étnico, de una determinada religión. En un ensayo brillante y preciso el profesor de Filosofía de la Universidad Estatal de Nueva York, en Buffalo, Paul Kurtz, opina que esto ocurre por no pensar en la humanidad como un todo, y a partir de ahí referirse a una civilización, a una sociedad, a los familiares y amigos, hasta llegar a la ética de un individuo.

La destrucción de los ecosistemas, la deforestación, el deterioro del medio ambiente, el daño causado a la capa de ozono y, sobre todo, la imparable superpoblación de nuestro planeta son, como otros muchos, temas que afectan a toda la humanidad y no solamente a un país en particular. Habría que desarrollar una ética que pueda ser aceptada y practicada por la totalidad de los que vivimos y de los que vivirán en nuestro planeta, para que cada uno conociera su responsabilidad hacia todos los demás hombres. Por supuesto que alcanzar algo así no es nada fácil y, de conseguirse, sería en un futuro bastante lejano, pero hay que pensar en él y actuar en consecuencia, aunque no lo veamos realizado: lo verán otros hombres.

Todo lo referente a una ética social, a escala mundial, debe empezar con la enseñanza y dando ejemplo. Así, la equidad debe ser expresada como aprecio hacia las personas que lo merezcan, sean del país que sean; esto presupone un principio de justicia e igualdad en toda la sociedad humana, que es utópico esperar. Lo que sí puede ser ya practicable es habituar a la sociedad a que se eduque en la tolerancia, el respeto a otros grupos sociales, a sus creencias, a sus valores y a su modo de vida, aunque no se compartan: es la base de la democracia.

También pueden fomentarse socialmente los buenos hábitos, que han demostrado ser positivos de generación en generación, ya que, cuando son conculcados, hacen imposible la coexistencia entre un grupo social y otro: sus normas pueden encontrarse en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y en los fundamentos del Derecho Internacional, o Derecho de Gentes, de Vitoria, Soto y demás.

El respeto a los pactos, escritos o no, entre distintas sociedades, y el cumplimiento de los acuerdos y promesas genera una recíproca confianza, la solidaridad, la fraternidad. Un grupo social puede actuar con buena voluntad, evitando dañar a los demás y descartando la venganza ante una ofensa que puedan inferirle.

La ética social puede, en teoría, llegar a practicarse por todos los grupos sociales que forman la humanidad. Sus principios pueden ser ampliados y perfeccionados, pues no están cerrados, y facilitan la convivencia entre los pueblos, su recíproca confianza y el modo de dirimir cuestiones buscando soluciones pacíficas a los conflictos sociales y políticos entre distintos grupos o países, sin recurrir a la violencia.



PHILIP STANTON

ADEMÁS DE LA ÉTICA
social están, naturalmente, los
principios de ética individual,
a los que cada ser humano
debería aspirar

Además de los principios de ética social están, naturalmente, los de ética individual, a los que cada ser humano debería aspirar, que habría que enseñar a los miembros de las futuras generaciones, pues no son inamovibles, y que, con el paso del tiempo, nuestros sobrevivientes deberán actualizar. Son, y valgan como una muestra, la capacidad de una persona para aceptar la responsabilidad de su propia vida; el buen juicio o razón para tomar decisiones acertadas; la autodisciplina; el respe-

to hacia uno mismo; la creatividad innovadora; una actitud positiva y optimista hacia la vida; saber apreciar los placeres, tanto físicos como espirituales; tener un control sobre la propia salud del cuerpo y de la mente... Todos estos valores éticos personales se pueden resumir en el deseo de alcanzar la felicidad propia y procurársela al prójimo.

Ahora el rápido cambio social y tecnológico nos enfrenta a nuevos problemas continuamente, y deberíamos estar preparados para aceptar una ética actualizada, puesta al día. ¿Quién hubiese pensado, hace pocas generaciones, si era ético o no el trasplante de órganos humanos? ¿Y qué hubiesen entendido nuestros abuelos y abuelas sobre la planificación familiar?

En muchas sociedades, la nuestra incluida, hay personas que hablan de la degeneración de la juventud, de la degradación ética y de la pérdida de los valores tradicionales. Se culpa a la enseñanza actual del aumento de la drogadicción, de la violencia, del crimen y, cómo no, de la excesiva libertad sexual. Pero estas personas olvidan que esos valores tradicionales del pasado coexistían también con los crímenes, la violencia que nos abocó a una Guerra Civil, y la total discriminación de la mujer, pongamos por caso; pero era una sociedad hipócrita, que ocultaba sus lacras, muchas de las que ahora la juventud intenta corregir, una juventud que ha encontrado el mundo que hemos hecho nosotros y que no le gusta.

La ética humanística y las diversas religiones siguen caminos que a veces convergen tanto que resultan ser los mismos, pero que otras veces parecen divergentes, y lo son. Resulta mucho más sencillo ponerse de acuerdo en cuestiones de medio ambiente que en posiciones dogmáticas de religiones enfrentadas entre ellas, o ante los cambios sociales del mundo de hoy.

Hay gente inmovilista, que quisiera con los usos y las costumbres que conoció y vivió cuando era joven, que quisiera detener el tiempo y fijarlo, como en una fotografía de boda. Pero el mundo camina, y las costumbres también. Cada día se producen hechos sobre los que hay que reflexionar: cuál deba ser la frontera a no sobrepasar en la ingeniería biogenética experimentada en seres humanos por otros seres humanos, hasta qué punto es ético prolongar la vida y los sufrimientos de un enfermo en fase terminal...

Para finalizar con algunas de las muchas reflexiones a que me ha llevado el apasionante trabajo de Paul Kurtz creo que la ética social debe respetar a la ética personal, que ha de considerarse como un derecho civil fundamental, como es el caso de las creencias religiosas individuales. Y esto ha de ser así porque la ética personal y la ética social se han de desarrollar sobre bases justas y racionales, nunca tiránicas ni inmovilistas. •